

CRÍTICA

# Lo que no me contaste

Mark Mazower

Una historia familiar rusa  
y el camino de regreso a casa



A LA VENTA EL 02 DE JUNIO

**AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

«Mark Mazower es un gran historiador y un narrador sutil,  
siempre atento al detalle humano.»

—Orhan Pamuk, premio Nobel de Literatura

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:  
Itziar Prieto (Comunicación Área de Ensayo)  
T: 659 45 41 80 / E: [iprieto@planeta.es](mailto:iprieto@planeta.es)

# SINOPSIS

En este libro de memorias, el historiador Mark Mazower compone un fresco conmovedor de su propia familia que, por azares del destino, pasó por el sitio de Leningrado, el gueto de Vilna, el París ocupado e incluso por las filas de la Wehrmacht. Su padre, hijo de emigrantes judíos rusos establecidos en Londres tras la guerra civil y la revolución, tuvo la suerte de nacer en Gran Bretaña. Max, el abuelo, había militado de joven en la organización socialista del Bund y se había enfrentado a las tropas zaristas, aunque nunca hablaba de ello. Frouma, la abuela, provenía de una familia devastada por la Gran Purga y que, aun así, logró abrirse camino en la sociedad soviética. Un siglo después de la Revolución rusa, esta historia evoca una facción socialista hoy olvidada: un colectivo apasionado, humanitario y abierto de miras. Al mismo tiempo, el libro nos habla de la felicidad que en ocasiones aguarda a los perdedores de la historia, del poder de la amistad y de los valores que permitieron que el hijo de Max y Frouma sintiera Inglaterra como su verdadero hogar.

En *Lo que no me contaste*, Mazower se adentra en la historia de su familia que es, a la vez, la de los avatares de la Europa del siglo xx para dejar constancia de los sacrificios y los silencios que marcaron a toda una generación y sus descendientes.

## EL DESTINO DE UNA FAMILIA RUSA MARCADO POR GRANDES SECRETOS Y SACRIFICIOS

## EL AUTOR



**MARK MAZOWER** es historiador y especialista en relaciones internacionales, el siglo XX europeo y la Grecia moderna. Actualmente ocupa la cátedra Ira D. Wallach de Historia de la Universidad de Columbia. Ha escrito *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi* (Crítica, 2009, Premio Duff Cooper y Premio Runciman); *El imperio de Hitler* (Crítica, 2008, Premio de Historia de Los Ángeles Times); *La Europa negra* y *Los Balcanes*. Publica habitualmente artículos y reseñas sobre temas históricos y de actualidad en *The Financial Times*, *The Guardian*, *The London Review of Books*, *The Nation* y *New Republic*. Mazower nació en Londres, estudió en Oxford y actualmente vive en Manhattan.

# EXTRACTOS DE LA OBRA

«Pensaba que conocía bien a papá, pero el día que murió empecé a comprender que gran parte de su vida me resultaba desconocida. [...] En un armario del piso de arriba estaban las cajas con los papeles de la familia, y en una de ellas podía leerse: “Diarios, 1941-1996”. Me subí a una silla, la bajé y me senté con ella en la cama de mis padres. Estoy prácticamente convencido de que no había abierto nunca esa caja hasta entonces. [...]»

«[...] Cuando le hacían una pregunta difícil, se le escapaba una tenue sonrisa antes de responder. Pero lo importante es que **podíamos preguntarle cualquier cosa y que él nos contaba historias sobre su infancia y sus padres. Unos años antes de su fallecimiento, él y yo decidimos dejar constancia de esas historias** —el tiempo iba pasando, y para entonces él ya era abuelo—; así que nos instalamos en la habitación del piso superior y yo le hacía hablar delante de una grabadora.»

«Dentro de la caja había un par de viejas agendas y medio siglo de diarios en cuadernos de bolsillo de la marca Letts, colocados en escrupuloso orden cronológico. Papá los usaba sobre todo para anotar reuniones, y enseguida encontré la información que necesitábamos. [...] aquellas paginas inequívocamente huérfanas de introspección también hablaban a su manera y, conforme fui leyendo, poco a poco empecé a detectar patrones en sus actividades cotidianas y sus relaciones sociales.»

«[...] A diferencia de sus padres, que tuvieron que salir de Rusia, separarse de sus familias y sufrir graves privaciones antes de asentarse en Londres, su experiencia de lo que era un hogar se reducía a un círculo que podía recorrerse a pie en un solo día desde el lugar donde me encontraba.»

«[...] Ver a mi padre enfermo me hizo pensar en la nostalgia y en todo aquello que la precede. ¿Por qué ocurre que acabamos sintiendo como nuestros los lugares donde vivimos? **¿Cómo debía de sentirse el taciturno padre de papá, Max, que nunca volvió a ver el lugar donde había nacido?** ¿Cómo se las había apanado la madre de papá, Frouma, mujer afectuosa e intuitiva, para vivir treinta años separada de su familia de Moscú? ¿Qué imperceptibles conflictos mentales, qué esfuerzos, qué renunciaciones habían sido necesarios para fundar un hogar en Highgate donde criar a su hijo?»

«[...] Nunca llegué a conocer a los padres de papá porque Max murió antes de que yo naciera, y Frouma, cuando yo tenía seis años. No obstante, por todo lo que sabíamos, estaba claro que los silencios de papá no tenían nada que ver con los de su padre. **¿Cómo explicar que, aunque Max y Frouma fueran un matrimonio unido, él nunca le dijera como se llamaba su madre?** A diferencia de los de papá, **los silencios de Max escondían auténticos secretos.** Antes de conocer a Frouma, **había sido socialista revolucionario en la Rusia zarista, algo de lo que nunca habló tras abandonar la clandestinidad.** Muchos de sus camaradas murieron de forma violenta, fusilados por los bolcheviques o por los nazis. Su decisión de emigrar a Inglaterra, casarse y formar una familia con Frouma había sido condición necesaria para nuestra existencia. [...] **Para Max, sin embargo, sentar la cabeza habría sido imposible de no haber renunciado al activismo: la creación de aquel hogar no podía separarse de su desencanto político.**»

«En esas instantáneas uno puede vislumbrar como va formándose ese apego, un apego que supo transmitirnos y que fue solo uno de sus muchos regalos. Suyo y de sus padres. Porque

para ellos aquello había tenido un precio, el precio que pagan todos los refugiados: instalar su hogar en Inglaterra había supuesto abandonar otros lugares más antiguos, cada uno con sus recuerdos. Había un par de estos lugares de los que algo sabíamos, ya que de pequeños habíamos oído alguna vez a papá hablar fluidamente en ruso por teléfono con parientes de Moscú y Leningrado. [...]»

## EL BUNDISTA

«Al llevar esa doble vida como contable y agitador revolucionario, **Max aprendió muy pronto el valor de la prudencia, el silencio y la desconfianza, hábitos necesarios para la supervivencia.** Jamás los olvido, como tampoco olvidó el sentido de la lealtad. Hasta el final de su vida, **Max no solo fue un hombre de izquierdas: fue un bundista.**»

«A un lado, el sufrido trabajador, el pobre, el esclavo; al otro, los emperadores, los barones, las clases explotadoras. **El himno del Bund, una especie de “Marsellesa” proletaria a favor de una futura revolución, hacía un llamamiento a dar rienda suelta a la ira, a ponerse de la parte de la justicia,** a luchar bajo la bandera roja del socialismo. “Brider un shvester”, empezaba: “hermanos y hermanas en el trabajo y en la lucha”. El deseo de combatir la injusticia secular del mundo se conjugaba con un profundo sentimiento de camaradería y solidaridad. De buen principio, **el Bund supo fomentar unos fuertes lazos afectivos entre sus militantes y una fidelidad sin parangón hacia el resto de los miembros** y hacia el Bund en su conjunto, como si la organización fuera algo más que un simple partido o un colectivo: **algo dotado de vida y que podía amarse.**»

«[...] Bajo el generoso paraguas de la socialdemocracia rusa, los mencheviques discutían con los bolcheviques y ambos con el Bund. Todos ellos se reunían bajo la severa mirada de Karl Marx, en cuyas obras se inspiraban, pero mientras que los bolcheviques adoraban a Lenin y su concepción de un partido rígidamente controlado y centralizado, **el Bund no tenía ningún Lenin ni deseaba ningún líder único.** Tanto mencheviques como bolcheviques afirmaban hablar en nombre de todos los habitantes del imperio ruso; en cambio, **los bundistas solo se veían como la voz de los judíos rusos. Para ellos, las diferencias nacionales, culturales y lingüísticas eran algo que había que reconocer, no ignorar.**»

«**Pese a esto, los bundistas no eran nacionalistas,** y lejos de pensar solamente en el futuro de los judíos, creían que el proyecto sionista de fundar un hogar nacional para los judíos en Oriente Próximo era una fantasía, y de las peligrosas. Ser bundista significaba concentrarse en el aquí y el ahora, participar en la lucha común del movimiento socialista por un futuro mejor; **y parte de esa lucha consistía en trabajar por el derrocamiento de la autocracia en Rusia. Al menos ese era el sueño a comienzos del siglo XX, durante la época en que Max estuvo en activo** y el Bund era la mayor y más efectiva fuerza revolucionaria del imperio zarista. **En la década de 1920, el Bund ya no era más que una sombra de lo que había sido; sus feudos habían sido arrasados, el bolchevismo había triunfado en Rusia y el sueño era cosa del pasado.**»

«**Max tenía más de cincuenta años cuando nació papá,** por lo que el historial secreto de su vida anterior debía de ser bastante voluminoso, y las pocas anécdotas que compartía con su joven hijo planteaban tantas preguntas como las que despejaban. **Como papá diría más tarde, era un hombre enigmático y esquivo.** [...]»

«Frouma no sabía mucho más, pues había conocido a su marido a principios de los años veinte, cuando Max ya había renunciado al activismo, **y aunque ciertamente mantenían una relación afectuosa, el casi nunca hablaba del pasado.** [...] Pero Max no solo guardaba silencio acerca de

su activismo. Frouma explicó también que los padres de su marido habían muerto antes de que ellos se casaran, y **que ella ni siquiera sabía cómo se llamaba su madre**. Nunca había conocido a ningún pariente suyo, y por lo que sabía, sus amigos más íntimos habían muerto. **Max, dijo, ni siquiera sabía a ciencia cierta su fecha de nacimiento.**»

## ZACHAR

«Max en Londres, Zachar en Vilna, Semion en San Petersburgo: tres hermanos, tres elecciones o, mejor dicho —pues “elección” quizá no sea el termino más adecuado—, tres apuestas de futuro. [...] Cuando Max paso por Vilna a principios de 1920 de camino a Rusia, Zachar vivía en la calle Portowa número 5, un edificio grande en una calle ancha donde él y su familia alquilaban un apartamento del último piso, el de la puerta 18. [...] Conocemos su dirección por un formulario que relleno Zachar para solicitar el pasaporte lituano y por otra solicitud que hizo Max hacia la misma época para obtener la documentación polaca. También sabemos que por entonces Zachar ya era dentista, que tenía una hija de diez años, Rebecca, y que estaba casado con una mujer llamada Perel o Pearl. Y poco más.»

«Hace un tiempo, cuando estaba tratando de averiguar más cosas sobre Vilna, y concretamente sobre la calle Portowa, di con las memorias de Litman Mor: nunca había oído hablar de él, pero resulto que había sido miembro de las juventudes sionistas de la Bielorrusia de entreguerras y había terminado como funcionario en Israel. Lo importante, sin embargo, era que durante un año o dos desde el inicio de la segunda guerra mundial, Mor residió en el mismo bloque de apartamentos que Zachar. Mor llevo a Vilna en octubre de 1939 escapando de las tropas rusas que penetraban en tromba por el este de Polonia. Los padres de un amigo suyo eran los propietarios del número 5 de la calle Portowa.»

«Cuando empecé a buscar en las bases de datos —bastante numerosas, según pude comprobar— de víctimas del Holocausto descubrí algo interesante [...]: aparecía un numero sorprendente de Mazower o Mazover, aunque casi ninguno, que yo sepa, estaba emparentado con nosotros. Encontré una referencia a un tal Zachar Mazover. Se encontraba en el expediente de Riva Zilberbach, de quien se decía que había muerto junto con su hija, una niña llamada Tonia, en Vilna en 1942. Ni una palabra sobre el destino del marido o el padre. La conexión con los Mazower surgio al comprobar que el apellido de soltera de Riva era Mazover, que su padre se llamaba Zachar y que la mujer había nacido en 1912, fecha cercana a la que aparecía en otro expediente lituano, donde constaba que la hija de Zachar había nacido en 1910. Y Riva era a todas luces una abreviación de Rebecca. Otro de los expedientes se refería a alguien que probablemente fuera su madre, Pola, de quien se decía que también había fallecido en el gueto en 1942. ¿Sería esa la esposa de Zachar, la misma mujer que en un documento anterior constaba como Perol? Dado que eran pocos los Mazower que residían en Vilna entre las dos guerras —al menos, a juzgar por las guías telefónicas de la época—, estaba casi seguro de que lo que había encontrado era una referencia a Zachar y su familia, con una hija ya mayor, de unos treinta años, y recientemente convertida en madre.

Poco después, y de forma inesperada, confirme que andaba bien encaminado. Mi primo Patrick me había entregado en Paris dos bolsas de plástico que contenían una preciosa muestra de correspondencia familiar: decenas de cartas en ruso escritas a lo largo de veinte años, la mayoría de Frouma a su hermano y su hermana de Paris. En una de ellas, fechada en julio de 1945, Frouma comentaba que acababan de recibir la visita de una joven pareja de refugiados judíos polacos de Vilna, Markus Klok, bundista, y su esposa Syma.»

«Los Klok debieron de explicarle muchas cosas a Max sobre aquella ciudad que el conocía tan bien y sobre lo que había ocurrido en ella en los años inmediatamente anteriores a la guerra. En verano de 1945, también obtuvieron noticias de lo que había sucedido tras la invasión alemana, ya que Markus conoció a algunos supervivientes del gueto de Vilna mientras trabajaba en un antiguo campo de concentración de Alemania. Fueron ellos quienes le dijeron que su familia y la de su esposa habían sido asesinadas. Además, confirmaron que el hermano de Max vivía también en el gueto. Poco después, Markus regreso a Londres y se lo explico todo a los Mazower. “Esto significa que [Zachar] murió —escribió Frouma—, porque los alemanes solo sacaron de la ciudad a 1.700 hombres y 1.700 mujeres de entre dieciocho y treinta años, al resto los exterminaron [...]. En dos días llore lo que no he llorado en mucho tiempo.”»

«Es casi seguro, por tanto, que la familia de Zachar se encontraba entre las decenas de miles de judíos de Vilna que o bien murieron en el gueto o bien fueron fusilados por sus verdugos junto a las fosas abiertas entre los pinos de Ponary. Quienes no murieron ahí encontraron su fin en Sobibor, adonde se envió a los ancianos que quedaban con vida en el gueto. Zachar debía de tener sesenta y cinco años en 1942. La única otra posibilidad, aunque remota a juzgar por la carta de Frouma, es que los archivos del Yad Vashem hicieran referencia a otra persona con el mismo nombre y que Zachar y su familia no estuvieran en Vilna cuando entraron los alemanes. Parece ser que, en distintas ocasiones, papá pensó que habían terminado en la ciudad portuaria de Sopot o en Riga, a pesar de que ni una ni otra presentaban un panorama más halagüeño que Vilna para los judíos. **La única cosa segura es que, después de la guerra, no volvió a saberse nada ni de Zachar ni de su familia.**»

«**Aunque Max llevase casi una década sin pisar Polonia cuando el país fue invadido en 1939, siguió de cerca las noticias que llegaban de allí.** Sin embargo, cuando los combates y las matanzas terminaron y no hubo nada más que hacer, puso aquella última carta en un cajón, guardo las pequeñas fotografías que contenía de Zachar y su esposa, y **se recluyó en el mutismo.** Quizá pensase que de nada valía ya hablar de todo aquello; incluso puede que, indirectamente, lo hiciera por deferencia a las personas de su entorno, para que tuvieran espacio, sobre todo papá, para crear su propia relación con el pasado y el futuro, en lugar de imponerles una especie de luto obligatorio. **Tras la muerte de Max en 1952, el recuerdo de Zachar se desvaneció con él.** Y su silencio fue emulado por papá: para él, que nunca llegó a conocerlos, los hermanos de su padre eran poco más que nombres.»

## EL SILENCIO SE EXPANDE

«**En plena segunda guerra mundial, pocas personas había en Londres mejor preparadas que Max para hacer un pronóstico serio y bien fundado sobre el porvenir que les aguardaba a los judíos** en una Europa del Este bajo dominio nazi. En la oficina de censura postal, donde trabajó durante la guerra, era valorado por su dominio del alemán, el polaco, el francés y el ruso, además de por su rigor y discreción. Pero Max también disponía de otras fuentes de información. Desde 1941, los representantes bundistas del Gobierno de Polonia en el exilio en Londres recibían, de manos de Leon Feiner, un destacado bundista polaco, informes secretos acerca del trato que los nazis dispensaban a los judíos de la Varsovia ocupada. El correo de Feiner era el intrépido oficial polaco Jan Karski; Feiner había ayudado a Karski a entrar en el gueto a través del alcantarillado para que pudiera ver con sus propios ojos las condiciones en que Vivían. Sus informes fueron los primeros datos concretos que tuvieron los aliados de la magnitud de la hecatombe.

**Max debía de conocer gran parte del contenido de aquellos informes, ya que mantenía excelentes relaciones con los bundistas prominentes de Londres,** especialmente con el hombre

al que Feiner enviaba esos documentos, Shmuel Zygielboym, el principal representante del partido en la ciudad.»

«No sería de extrañar que Max, siempre parco en palabras, se hubiera convencido, una vez terminada la guerra, de que **ya no había nada más que hacer ni que decir para defender aquellos ideales por los que antaño se había jugado la vida**. Una parte significativa de los judíos soviéticos sobrevivieron a la guerra, pero quedaron en manos de unos hombres cuyo temperamento e ideas Max conocía de primera mano desde hacía más de medio siglo. En Polonia solo quedaban ruinas.»

«**En cuanto al triunfo del sionismo en Oriente Próximo y la creación de un Estado judío independiente, representaba la antítesis de todo aquello en lo que Max había creído**, y no he encontrado ninguna prueba de que la fundación de Israel lo conmoviera en absoluto. Solo le quedaron el silencio y la lealtad. En 1947, padeció un ataque de ictericia y en las fotos de aquella época se lo ve súbitamente envejecido, encorvado y enjuto. **Empezó a mostrarse cada vez más retraído y apático**. Realizo unos cuantos viajes más al otro lado del canal, a la costa de Normandía, que tanto le gustaba, pero no paso de allí. A medida que las dolencias se acumulaban, la vida se le iba apagando. **Tras un largo periodo de enfermedad, falleció en la primavera de 1952, llevándose la mayoría de sus secretos a la tumba.**»

## ANDRÉ

«El silencio de Max escondía toda clase de secretos, no solo políticos. A principios de 1920, tras escapar de los bolcheviques y regresar a Londres, todavía no conocía a Frouma Toumarkine, la mujer que había de ser su esposa y la madre de papá. Sin embargo, **ya tenía un hijo de once años esperándole en Londres. Se llamaba André.**»

«La de André fue, desde buen principio, una vida de vagabundeos y metamorfosis. Para cuando aprendió a leer, ya había vivido al menos en cinco lugares distintos. En el curso de sus noventa y cinco años, **tuvo tres o cuatro nacionalidades, se cambió oficialmente de nombre al menos en una ocasión y escribió empleando como mínimo un alias**. Al parecer, André paso gran parte de su vida huyendo de esa idea de familia que para papá era algo tan fundamental.»

«[...] Según supimos más tarde, había estado ahí cuando papá era niño pero que nunca se materializo ni dejo rastro en nuestras vidas, exceptuando **un libro que escribió sobre España y que siempre estuvo colocado en la estantería del salón**. Por lo menos, eso es lo que nosotros creíamos.»

«Un día consulte un catálogo electrónico de librerías para ver qué resultados arrojaba su nombre. Bajo “André Mazower” no salía nada, lo cual fue una decepción, aunque no una sorpresa. En cambio, bajo “André Marling”, el nombre que adopto durante la guerra, aparecían varios ejemplares en venta de un libro que yo ya conocía, *Spanish Fare*, una recopilación de estampas publicada a principios de los años sesenta, cuando **André vivía en Madrid**. Sin embargo, al final de la lista aparecía algo más:

*Civilta*- numero 1

André Marling (Andrei Krylienko)

1987: Breve trayectoria, 1 solo número. Revista autoeditada para distribución privada.

Opiniones antisemitas.

Catolicismo conservador.»

«[...] encontré ejemplares del que por lo visto fue el primer panfleto de Andre, *Money and the Modern World*, publicado en 1969 por una oscura editorial londinense llamada Plain-Speaker Publishing Company, **en mi mente empezó a cobrar forma todo un ecosistema político**. Entre los autores de la Plain-Speaker figuraban monárquicos rusos, simpatizantes franquistas y demás contrarrevolucionarios de diverso pelaje [...]. **Su anticomunismo era inflexible** y muchos de ellos estaban obsesionados con la historia y con descubrir el momento y los motivos por los que todo había empezado a salir mal. **El odio a la masonería era algo generalizado**, y después, claro está, estaba la cuestión judía: según cierto autor, **Hitler no había sido mas que un monigote al servicio de un pequeño conciliábulo de astutos israelitas que lo habían engatusado para que le declarase la guerra a Rusia**. [...]»

«André publicó *Civilta* veinte años más tarde. Sus cuarenta y tres páginas mecanografiadas y encuadernadas a grapa con una cubierta de papel roja parecen la revista de un grupo de motivados estudiantes de secundaria. En su interior, encontramos un lema en letras mayúsculas: “VETUSTATIS NORMA SERVETUR” (“defendamos las viejas normas”), advertencias sobre el derrumbe de la civilización cristiana y augurios del inminente desenlace de “una guerra de seis mil años entre las fuerzas del bien y el mal”. Con sus textos, el autor aspiraba a promover la creación de pequeños grupos de afinidad cristianos que integrarían el núcleo de un renacimiento espiritual.»

«Cuando “Andrei Krylienko” escribió su tercera obra, *The Red Threat*, su obsesión con el poder judío se había intensificado. Ya octogenario, el autor presentaba los acontecimientos de los últimos dos milenios como maquinaciones de un conclave secreto de ancianos judíos, una conspiración secreta y multiseccular que constituye la “amenaza roja” del título y que abarca desde la antigua Roma hasta la familia Rockefeller.»

[...]

«Max vivía solo en Londres cuando se llevó a cabo el censo de 1911, y que André ya estaba con él a partir de finales de 1912, cuando Max buscó alojamiento para los dos en una gran mansión victoriana llamada Ingleholme [...]. Ingleholme albergaba una pequeña escuela dirigida por una pareja cuáquera, Joseph y Marion Hudson, y, puesto que Max pasaba nueve meses al año haciendo negocios en Rusia, los Hudson ejercieron a todos los efectos de padres adoptivos de André durante casi una década.»

«Max pasó toda la guerra en Rusia trabajando para la Yost Typewriter Company, y cuando regresó en la primavera de 1920, André ya tenía once años y probablemente no hubiera visto a su padre desde los cinco o los seis. En una fotografía tomada en el momento de su reencuentro aparecen ambos de pie en un jardín.»

«Max empezó a pasar mucho más tiempo en Inglaterra tras la primavera de 1920, pero no se llevó a André a vivir con él a Londres. Pocos años después, **cuando el muchacho ya casi había terminado el colegio, llegó la sorpresa: en verano de 1924, Max regresó de uno de sus viajes a Europa del Este acompañado de Frouma**, una viuda rusa de treinta y dos años, **y su hija Ira**, de ocho, fruto de un matrimonio anterior. Habían huido de Moscú con poco más que una maleta, y Max le explicó a André que él y Frouma se habían casado en Riga y que a partir de entonces tendría una madrastra y una hermanastra. **Se habían conocido en Moscú dos o tres años antes, pero Max, siempre tan callado, no le había dicho nada a André**. Con Frouma al frente de la casa, la familia se estableció en Holly Lodge Estate, donde André siempre dispuso de habitación propia. Sin embargo, **la entrada en escena de papá en 1925 debió de ser un duro golpe emocional para el muchacho y, a juzgar por las cartas de Frouma, la relación con su padre se**



**resintió para siempre.** En 1926 paso el verano en un colegio cuáquero, viaje por Alemania y seguidamente se instaló en el Corpus Christi College de Cambridge.»

«“Su nacionalidad es más bien incierta.” La verdad es que André era apátrida. **Había entrado en Inglaterra en 1912 con un pasaporte ruso** y quedo inscrito en el Registro Central de Extranjeros como súbdito de un imperio desaparecido. **La de extranjero era una condición degradante.** La Policía Metropolitana tenía un expediente a su nombre en el que debía dejar constancia de todos sus cambios de domicilio o empleo y todos sus viajes al extranjero. **Cada cierto tiempo, André estaba obligado a comunicarse con las autoridades.** El hecho de estar en situación irregular no le impedía viajar, pero lo hacía más complicado. **Dado que había nacido en Francia, averiguo que tenía derecho a la ciudadanía francesa** y en 1932 obtuvo su pasaporte a través del consulado de Londres.»

«Sus relaciones con Max eran tan difíciles que Frouma temía dejarlos a solas demasiado tiempo, y sus cartas reflejan la tensión que las visitas del joven provocaban en la casa. **“Es como si la familia fuera un lastre para él.”**, escribe. **Necesitaba a la familia, pero al mismo tiempo se sentía incomodo en ella.** Cuesta creer que su padre se mostrara comprensivo con su tesitura: **Max no solo era un hombre al que expresar ternura le resultaba poco menos que imposible,** sino que además **se había visto obligado desde niño a ganar dinero para ayudar a su familia y, anos después, había sufragado la educación escolar y universitaria de André** aun a pesar de que la Depresión agravaba cada vez más sus dificultades económicas. ¿Es posible que Max viera en la incapacidad de André para hacer algo con su vida —algo de provecho, según los valores de Max— un indicio de su propio fracaso? **¿Puede ser que al coste psicológico de haber dado la espalda a la política revolucionaria activa se le sumara la incredulidad de haber criado un hijo tan conservador y con tan poco sentido práctico?** Para Max, un hombre orgulloso que en ningún momento vio motivos para repudiar su linaje, **no tuvo que ser fácil asimilar la evidente vergüenza que sentía André con respecto a sus orígenes.** Cada cual a su manera hizo méritos para verse excluido de la vida del otro. Fue un proceso recíproco.»

### **André y su vida en España**

«En España empezó una nueva etapa de su vida. El país se recuperaba poco a poco de los estragos de la guerra civil bajo el gobierno dictatorial del general Franco. **André alquilo un pequeño apartamento en el barrio madrileño de la Morería** y encontró empleo como vigilante nocturno en la embajada británica. Posteriormente, y durante más de una década, trabajaría en el servicio de lengua inglesa de la cadena de radio nacional. **Aprendió español y se convirtió en buen conocedor del país, desarrollando una afición creciente por sus anticuadas costumbres.** Por lo visto, el aislamiento de España con respecto al resto de Europa, su lenta industrialización y los valores conservadores y la retórica religiosa del **régimen lo hacían sentirse como en casa, y fue en ese país donde se convirtió al catolicismo.** La religión había de desempeñar un papel cada vez más importante en su vida y su pensamiento.»

«**Vivir por elección en la España de Franco era toda una declaración de principios —los Mazower habían sido antifascistas acérrimos durante la guerra civil española—,** pero al parecer lo que más desconcertó a Max fue la conversión al catolicismo.»

«**André se casó en Madrid con una mujer más joven que había huido de la Rusia de Stalin y juntos tuvieron un hijo.** En 1963, publico *Spanish Fare*, una serie de estampas elaboradas básicamente a partir de sus intervenciones en la radio.»

«Dos años después de la publicación del libro, **papá tuvo que viajar a España por trabajo.** Max había muerto hacía tiempo y acababa de fallecer Frouma. Mientras hacía limpieza entre las

cosas de Oakeshott Avenue, **papá encontró en la buhardilla unos cuadernos viejos que aparentemente habían sido de André, de modo que se puso en contacto con él** y fue a visitarlo a su apartamento de Madrid. Llevaban diez años o más sin verse, pero André estaba casi igual físicamente. Sin embargo, mientras charlaban tomando un té, papá cayó en la cuenta de que, en otros aspectos, **había cambiado mucho. No era tan solo que no dijera nada de la muerte de Max o la de Frouma, sino que su mundo tampoco tenía gran cosa que ver con el de papá.** “Me ha dado la impresión de que está un poco ido, al menos en lo político [...], **es muy derechista y muy franquista y antisemita**”, le escribiría más tarde papá a un familiar. Para papá, la distancia que los separaba era insalvable: “Sentí que no teníamos casi nada en común. Su fascismo me incomodó bastante. **No me apetecía tener tratos con nadie que apoyara [a Franco] y lo que este representaba.** Eso fue en el 65”.

## **FROUMA**

«[...] abro las manos para dejar libre la mariposa que acabo de atrapar, que sale revoloteando en busca de alguna planta. Es un regalo para Frouma. Como es mayor y está en la cama, probablemente creo que está enferma y me sabe mal que no pueda salir a disfrutar del buen tiempo. Ella se ríe y se pone a dar palmas. **Yo tengo cinco o seis años, y este es el único recuerdo que guardo de la madre de papá.**»

«**Frouma Toumarkine fue uno de los ocho hijos, cinco chicas y tres varones, de un clan de judíos rusos moderadamente prospero.** Tanto su madre como su padre tuvieron una larga vida, lo suficiente como para asistir a la transformación total del país.»

«**Frouma recibió la formación típica de las clases medias rusas,** con la que complemento sus habilidades en materia de costura, patronaje y cuidado de la casa, aprendidas de manos de su competente y afectuosa madre. Los muchachos, en vez de estudiar en alguno de los varios colegios privados judíos que habían ido surgiendo para satisfacer las necesidades de los nuevos inmigrantes, fueron al instituto local; gracias a eso, **Frouma tuvo una instrucción más sólida de lo que nunca fue la de Max.**»

«**Frouma ingreso en la Universidad de Kiev poco antes de que la guerra y el matrimonio la obligaran a interrumpir los estudios;** aun así, y a diferencia por ejemplo de su madre, su manera de escribir delata que era una mujer instruida. **La familia tenía inclinaciones izquierdistas:** su hermano Liev era un bolchevique al que la policía tenía fichado, y también sus hermanas mayores Feya e Ida. En un primer momento, su madre recibió con alegría la noticia de la caída de los Romanov. Durante la primera guerra mundial, sus hermanos abandonaron el bolchevismo y se pasaron a los mencheviques, motivo por el cual más adelante las autoridades soviéticas verían a la familia con desconfianza.»

«En 1914, **con veintidós años, Frouma se enroló como auxiliar de enfermería para contribuir al esfuerzo bélico, y así conoció a su primer marido.** Aleksandr Baltermants, mucho mayor que ella, era oficial medico en el ejército del zar, hombre de mundo —anteriormente había estado apostado en El Cairo— y, como Frouma, tenía raíces judías.»

«**La revolución y la paternidad acentuaron las diferencias de la pareja.** Frouma era la esposa de un médico militar en una pequeña plaza fuerte y se encontraba a más de novecientos kilómetros de los suyos cuando nació su hija en septiembre de 1916, en plena guerra. **La llamaron Ira (Irina), que significa “paz”, pero los años siguientes fueron cualquier cosa menos pacíficos, e Ira tenía apenas un año cuando llegaron las noticias de la revolución y las tropas se amotinaron. Baltermants escapó, salvándose por los pelos de ser linchado a manos de sus propios hombres, y Frouma se marchó con Ira a Moscú para no correr riesgos y estar cerca de**

su familia. Meses más tarde, Aleksandr apareció en la ciudad vestido con el uniforme del Ejército Rojo. Enseguida se vio que sabía cómo beneficiarse de una situación tan caótica. Se apropió del suntuoso apartamento de un diplomático británico e instaló en él a su mujer y a su hija, pero los planes de retomar la profesión médica siempre quedaban postergados por culpa de su afición a las mesas de juego. La familia de Frouma censuraba sin tapujos su conducta y sus inclinaciones políticas, que por otra parte parecen haber sido más ambiguas y menos firmes que las de los Toumarkine. A principios de 1919, Baltermants volvió a marcharse, según dijo para combatir a los rusos blancos en Ucrania, pero al cabo de un tiempo se supo por una fuente oficial que había desaparecido de camino al frente junto con un cargamento de suministros médicos. Fue entonces cuando un conocido de la familia que trabajaba en el Kremlin consiguió un permiso de viaje para que Frouma y su hermana pequeña, Natalia, tomaran uno de los primeros trenes que salieran de Moscú hacia el sur.»

«Poco después, la región quedó bajo el control del general Anton Denikin y su desesperado ejército de antibolcheviques, que poco antes habían llegado a las puertas de Moscú, donde habían sido repelidos, y ahora se disponían a plantar cara por última vez al Ejército Rojo. Los hombres de Denikin estaban aterrorizados y aprovechaban la menor ocasión para desquitarse con los simpatizantes del bolchevismo. Frouma encontró trabajo en el ayuntamiento, pero por suerte estaba indispuesta el día que los blancos, nada más tomar la ciudad, entraron en el consistorio, pusieron a todos los empleados frente a un muro y los fusilaron.»

«[...] Fue ahí donde Frouma vio por última vez a Baltermants —las pocas historias que sobre él se cuentan en mi familia giran todas en torno a sus misteriosas desapariciones y reapariciones—, al que el Ejército Blanco había puesto en libertad ya casi sin vida.»

«**Viuda antes de cumplir los treinta y sin nada que la atara a Crimea, Frouma regresó con su hija a Moscú**, que poco a poco iba volviendo a la vida bajo los nuevos gobernantes. Con la ayuda de una de sus hermanas, consiguió un empleo modesto en uno de los ministerios. A pesar de que su familia nunca había tenido en muy alta estima a su primer marido, no dudaron en ayudarla, y, de hecho, fue a través de otra de sus hermanas que conoció a Max.»

«**No se trataron mucho tiempo, pero ambos eran personas resueltas y por aquel entonces la gente tomaba grandes decisiones sin pensárselo demasiado.** Al igual que su primer marido, Max era casi veinte años mayor que ella, pero Frouma supo ver más allá de su fachada taciturna y comprendió que ahí terminaban las similitudes entre uno y otro: Max no gastaba aires de galán ni tenía una fortuna como la de Baltermants, descreía de los uniformes y era antimilitarista, además de mucho más fiable y no menos valeroso. Sus ideas políticas se asemejaban a las de los Toumarkine, pero seguramente **su combinación de talento, lealtad y realismo peso más que la política**: lo importante es que no era la clase de hombre que anteponía la mesa de juego a su esposa. Además, **por debajo de su aparente reserva se adivinaban un humor afilado, ternura y voluntad de compromiso.**»

«Max, por su parte, debía de sospechar que más temprano que tarde las relaciones entre la URSS e Inglaterra volverían a enfriarse, y que la situación de alguien como el en Rusia se haría insostenible. **Tenía dinero ahorrado en Londres y sabía que Frouma era la persona con la que al fin podría formar un verdadero hogar.**»

## EL COBERTIZO

«**Papá supo encontrar un equilibrio psicológico entre el mundo de sus padres**, aquella atmósfera judeorrusa tan peculiar que se respiraba en Highgate, y muchos de los valores de la

clase media inglesa de entreguerras en la cual se había criado. **Hubo momentos en que se sintió avergonzado** —un día me confeso que había dos cosas que lo mortificaban: la primera, que lo tomaran por un ruso blanco; la segunda, cuando él y su madre iban a visitar a una familia judía practicante y se sentía fuera de lugar—, **pero nunca fue una vergüenza insuperable. Al mismo tiempo, disfrutó de una red de contactos que le allanó el camino y le dio confianza social:** me refiero al círculo de amistades de sus padres, los mencheviques y los bundistas nacidos antes del cambio de siglo, la Sociedad Fabiana, el Partido Laborista. Oxford y el ejército fueron otras dos puertas de entrada a una forma de hablar y de pensar sobre uno mismo que acabo formando parte de su esencia. **También tuvo el ejemplo, a veces positivo, a veces negativo, de sus hermanastros, con quienes la clave estaba en saber mantener las distancias.** Tanto André como Ira reaccionaron al pasado revolucionario de la familia con actitudes románticas que él no podía compartir: en el caso de André, mediante un conservadurismo exacerbado, la conversión al catolicismo y la conspiranoia; y en el caso de Ira, a través de la idealización de la era zarista y la creación de una serie de fantasías literarias de inspiración aristocrática. **La reacción de papá, siempre receloso ante los excesos de la imaginación, fue de tipo práctico: asegurarse el dinero suficiente para poder disfrutar de una vida en familia.»**

«**El cobertizo se convirtió no tanto en un refugio como en una suerte de hogar dentro del hogar,** un lugar donde podía ser el mismo y librarse de las responsabilidades que voluntariamente se imponía. Era un reflejo de su inteligencia práctica y precisa, de su paciencia y del cuidado que siempre mostró hacia los objetos. Parte del encanto del lugar residía en el entorno: un jardín rodeado de vegetación en aquella ciudad que había acogido a sus padres y cuyos suburbios del norte eran tan suyos como de cualquiera. **El cobertizo encarnaba un compromiso con la vida doméstica que le reportó una felicidad duradera.** Papá nunca anheló la fama (en eso había salido a su padre) ni la soledad creativa (en eso, a su madre). **Valoraba el dinero por la estabilidad que proporcionaba, pero no era ni materialista ni codicioso.** Cuando murió, en su armario no había más que dos trajes y una o dos chaquetas. **Valoraba la constancia, la honradez y la lealtad a las personas cercanas.** Y la permanencia: cuando construía algo, era para que durase. Ahora el cobertizo está vacío y las herramientas han encontrado nuevos hogares, que es lo que él habría querido. Sin embargo, **sigue en pie en su sitio, los árboles y los setos crecen a su alrededor y la madreselva empieza a tantear la cerradura.»**

# | CRÍTICA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

**Itziar Prieto (Comunicación Área de Ensayo)**

**T: 659 45 41 80/ E: [iprieto@planeta.es](mailto:iprieto@planeta.es)**